

En la jaula del jaguar

Por Darío Villanueva

LO QUE SÍ ES cierto es que en la biblioteca de la Real Academia Española existe una colección completa de la *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers / par une société de gens de lettres, mis en ordre et publié par M. Diderot ... et quant a la Partie Mathématique, par M. D'Alembert*. Son 28 tomos encuadernados en piel algo deteriorada, con el sello y el ex libris correspondiente, pertenecientes a la edición *princeps* que, con una tirada algo inferior a los 5.000 ejemplares, fueron apareciendo entre 1751 y 1772.

Cuando la primera de estas fechas, la RAE tenía ya casi 40 años de vida, y los seis tomos de su *Diccionario de autoridades* se habían publicado entre 1726 y 1739. A partir de estos datos históricos, Arturo Pérez-Reverte

escribe una novela que integra la mayoría de las claves literarias de su autor y constituye un cumplido homenaje no solo a la corporación de la que es miembro de número desde 2003, sino también —y esto es sin duda más importante— a la Ilustración y el racionalismo. Causas por las que muchos españoles, y no solo los académicos, lucharon en una batalla incruenta a lo largo de un siglo gris, decadente en lo épico, pero sumamente fructífero en una contienda no del todo perdida, pero tampoco suficientemente ganada. Me refiero a la de hacer una revolución para la que no harían falta otras armas que el libro y la palabra, según dice uno de los personajes históricos aquí presentes, el francés D'Alembert, frente a la otra opción, la de “un baño de sangre que preceda al baño de razón” defendida por otro de los protagonistas de *Hombres buenos*, esta vez ficticio: el abate Bringas.

Confieso que nunca antes, en los 40 años largos de mis escarceos con la crítica literaria, me había visto en una como esta: leer y comunicar mi lectura —tarea que, en definitiva, hace el crítico— a propósito de una novela en la que aparezco como personaje y que trata de un episodio histórico relacionado con la Real Academia Española a la que pertenezco y que está acabando de conmemorar su tricentenario. Supongo que estas circunstancias me desautorizan por completo en cuanto a la ecuanimidad exigible a un crítico cabal (lo que yo nunca he sido, dicho sea de paso), pero no me impedirán proclamar el disfrute que me ha producido ser parte en esta fiesta también como lector. La novela es un género espurio, híbrido, en el que sin embargo —y tómese esto como virtud— cabe todo. *Hombres buenos* colma con raro acierto tal potencialidad llevando hasta sus últimas consecuencias las posibilidades novelísticas del juego, pero también las de la revelación. Es así una novela de aventuras y de ideas; una novela histórica y posmoderna; una novela de personaje y de espacio, por decirlo con Wolfgang Kayser; una novela de acción y, a la vez, una meta-